



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13711

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENINSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 7'00 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jouve, 31, Rue de la Harpe.—Marrakech.

JUEVES 8 DE AGOSTO DE 1907

LOS SUCEOS DE MARRUECOS

Maura á Francia

El inesperado viaje á Francia, del Presidente del Consejo Sr. Maura, ha sorprendido por lo inesperado.

Cuando se creía que su viaje á San Sebastián sería motivo para que permaneciera al lado del rey ó que una vez cumplida su misión regresara á Madrid, resuelve marcharse á París, produciendo este hecho la natural sorpresa...

El viaje del Presidente es comentadísimo.

Unos creen que se habrá marchado por tener la seguridad de que nada ocurrirá en Marruecos.

Otros suponen que habrá recibido graves noticias y que el hacer el viaje acompañado de su señora es solo un pretexto que oculta el verdadero objeto de la marcha.

Los europeos de Mazagen

Dicen de Tánger que se confirma que la Legación de Francia, ha flutado un paquete para conducir á Tánger á todos los europeos residentes en Mazagen.

División francesa

Llegaron á Casa-Blanca una división de cruceros franceses, al mando del almirante Pihbejt.

Llevar tropas de desembarco.

Mas detalles de la agresión

Se conocen nuevos detalles de la agresión de que fueron objeto en Casa-Blanca los franceses.

Después de franquear el destacamento francés la puerta de la Marina de dicha ciudad la cerraron los moros, mientras las tropas indígenas se ponían frente á los marinos para impedir el paso.

Entonces los marinos calaron bayoneta, arrojando á sus contrarios. El bombardeo causó á los moros grandes pérdidas.

A un francés herido se le ha amputado un brazo.

Los restantes heridos se encuentran en estado satisfactorio.

Precauciones en Tánger

El Guebbas ha hecho desarmar á cuantos soldados de la guarnición de Tánger son hijos de las Kábilas que rodean á Casa-Blanca.

Ha adoptado además otras muchas precauciones.

Se ha impedido á los europeos que poseen de los puestos de guardia que rodean á Tánger.

Los marinos españoles

Al comenzar el bombardeo de la escuadra francesa, desembarcaron en Casa-Blanca una sección de marineros del cañonero «Don Alvaro de Bazán» al mando de un alférez de navío.

Dieron varias cargas á los moros, resultando varios heridos leves, que fueron curados por el médico de á bordo.

Nuestros marinos se batieron con denuedo y bravura, custodiando la Legación española, en donde ha sido izada la enseña de la Patria.

Páginas literarias

MANOLÍN

Albido se le caía la baba de gusto con las ocurrencias de Manolín.

Todas las tardes de sol, cuando terminaban el almuerzo, Manolín cogía al viejo de la mano y le decía con ternura mimosa.

—Vámonos á paseo abuchito!... ¡An!

—¿Quieres que vayamos?... ¡An!

Y aunque el pobre viejo le agrada el mucho que reposada digestión le da la chimenea encendida, no

sabía contrariar los caprichos del nieto. Le amaba tanto como sus padres, y le hubiese paracido un crimen causarle el más pequeño disgusto.

¡Hala! ¡Hala! como dos compañeros de colegio, el anciano y el niño emprendían una larga caminata á las afueras del pueblo, brincando Manolín igual que un gosquecillo rebelde y encaramándose en los pelados árboles que hallaba en su camino.

El abuelo arrastrando las piernas, seguía con embozados ojos las travesuras del chiquillo, que él no podía emular y solían llenarle de espanto.

Porque, como travieso, ¡vaya si lo era Manolín! Algunas cuevas las bajaba rodando con las piernas encogidas y la cabeza oculta entre los brazos, materialmente hecho un ovillo...

Y el viejo sobresaltado al verle rodar como una pelota, aligeraba la marcha para salvarle del peligro, y llegaba jadeante, cuando ya el niño estaba de pie, sin más detenimiento que algún insignificante rasguño y varios siete en los calzones.

Entonces pretendía reñirle y hasta ponía el rostro ceñudo. Pero al ver los ojos tristes de Manolín, sus mejillas de rosa manchadas de barro y los bucles desgreñados que orlaban su cabecita melancólica como la de un nazareno... el viejo desarrugaba el ceño adusto y se comía á besos al muchacho, mientras le decía balbuciente de emoción:

—¿Te has hecho daño sol mio?...

¡Hijo de mi alma! Si yo tengo la culpa por no haber ido más aprisa...

Y apenas si se reía Manolín con los sustos de su abuelo!

Llegó la tarde más bella del invierno. Los árboles desnudos, bañados por la luz esplendorosa del sol, parecían renacer al beso de una primavera temprana; entre las ramas retorcidas piaban alegres los pájaros.

Manolín ideaba diabluras para asustar al abuelo, y éste, marchando detrás del niño, pasaba del sobresalto á la ternura, sonreía bondadosamente, saboreaba aquel último amor de su vida...

La senda por donde iban ambos, torcida de pronto en una altura coronada por extensa planicie. Al llegar á la mitad de la pendiente, Manolín emprendió carrera veloz, hasta ocultarse en el recodo á las miradas de su abuelo.

—No corras, Manolín, no corras... le gritaba el viejo.—Ten cuidado que está ahí la alberca.

Y como no le contestase, apretó el paso sin dejar de gritarle con voz ahogada:

¡No corras Manolín, no corras!

Cuando llegó á lo alto, el niño no estaba. Detrás del recodo, el depósito, lleno de agua hasta los bordes, apareció como un monstruo devorador á los ojos aterrados del viejo.

Miró por todas partes; gritó sollozando, y se perdían sus lamentos en la explanada silenciosa, envuelta en la luz ardiente del sol.

Entonces se fijó en la alberca, sobre cuyas aguas tranquilas surgían chispas de diamante descendidas del cielo.

Y mudo por el terror, agouadado, clavó sus ojos desmesuradamente abiertos, ojos de loco, en la gorra azul de Manolín que flotaba en la orilla...

—¡Orivenga! ¡Orivenga!—chilló en aquel momento á su espalda una voz cecilla burlesca.

El anciano pudo asentar la sigidez de sus músculos, y volviéndose bruscamente vió asomar por detrás de un árbol la cabecita risueña de Manolín, que muy contento en su broma, repetía el inocente estribillo:

—¡Orivenga! ¡Orivenga!

¿Ustedes creerán que el abuelo cogió al chico por las piernas y lo tiró de cabeza al estanque?

Pues nada de eso. Lo apretó contra su corazón y cuando pudo recobrar el uso de la palabra, fue lo primero que dijo:

—Este demonio de Manolín... ¡tiene cada ocurrencia!

Lois González Gil.

FUERA DE ESPAÑA

La batalla de Fontenay

Un monumento conmemorativo

En el mes de Junio de 1906 algunas centenas de irlandeses fueron á Francia para visitar el histórico campo de Fontenay, donde la célebre brigada irlandesa al servicio de Francia se cubrió de gloria resistiendo lo bastante para que las tropas del Rey se pusieran en la línea de fuego y derrotasen al Ejército inglés con una carga célebre en los anales de la guerra.

Terminada esta peregrinación se formó en Dublín un comité para erigir en dicho campo un monumento conmemorativo del hecho heroico de los soldados irlandeses durante la referida batalla de Fontenay el día 11 de Mayo de 1745.

Este monumento está ya en construcción.

Lo forma una sencilla cruz de granito irlandés.

Se inaugurará el 25 de Agosto ante el alcalde de Dublín y una comisión de irlandeses.

Lectura para la mujer

EL ARTE DE REIR

Para vivir cien años es necesario reir treinta veces al día. (Proverbio catalano.)

¿Qué es la risa? Una expresión particular del semblante, un «desvanecimiento» que le presta una seducción más, ó, por el contrario, un arrebatado nervioso, una contracción de los músculos, una mueca?

Puede ser ambas cosas, según las circunstancias. Saber reir constituye un arte, y un arte delicado, indispensable para toda mujer bonita.

Desde luego habrá de evitar cuidadosamente el reír á carcajadas, abriendo la boca en una exagerada contorsión.

A la mujer le conviene una risa ligera y dulce que abra la boca francamente mientras que sobre las mejillas se insinúa un oyeo delicioso; entonces es admirable la expresión de la boca que se rinde ingenuamente á la alegría, de los labios que se ofrecen en todo su vivísimo esplendor, de los dientes que se desnudan, apareciendo como una sarta de perlas en un estuche.

El eco de la risa también tiene su importancia. Hay risas que semejan toses, otras parecen un hipo, mientras que la risa, por el contrario, en aquellos que saben reir, tiene una música bien timbrada, una gaituna armoniosa y alegre.

Evitar la risa que horripila la boca, que contrae los músculos, que deforma los rasgos. Cuando la risa no es discreta, los queridos rincocillos que á derecha é izquierda de la boca, sirven de encantadores niños á los besos, son rápidamente invadidos y marchitos por melancólicas arrugas.

Reid francamente, pero sin que esto os mueva á abrir, á propósito de todo, una boca enorme. Reir, como vulgarmente se dice, á grandibula «batiente», ó con hipos que agitan el vientre y congestionan los ojos, es un modo absurdo y ridículo de reir. Muchas veces la mala educación es responsable de todo esto.

Reid, simplemente, alegremente, como los niños.

Algunas personas saben reirse «por dentro» reservadamente, dando á su jubilo secreta expansión.

Una deliciosa actriz decía: «Yo no río nunca, porque al reir se enseñan los dientes, y los míos son espantosos.»

Esta resolución, tal vez peque de exagerada. Evidentemente, si vuestros dientes son feos, mal sembrados ó demasiado largos, os causareis graves daños riendo. En este caso abrid poco la boca y de modo que se dibujen los hoyuelos en las mejillas y que el labio inferior cubra el filo de los dientes superiores.

Pero, ¡cuantas mujeres, en cambio, pueden mostrar, al reir, las dientes

más lindos del mundo! La risa de madame Juana Samari, fué célebre. Ella sola bastaba á iluminar su semblante que ya era por sí mismo encantador, y á infundirle una belleza verdaderamente radiante.

Rosalía Lambrecht, Arlette Dorgère, Germana Galois, Méaly, Margarita Aguirre y otras artistas «balen» actualmente el «record» de ese gesto seductor del semblante femenino que llamamos risa y que tan famosas las hace en París.

M. de A. O.

Modelos literarios

En el abanico de Emilia

«Lo exiges? Pues por mi fe, aunque yo no me lo explico, versos, Emilia, pondré en tu precioso abanico.»

En cambio, tú, con aquella alfilería, así, á hurtadillas mirame, agitando el aire, al través de sus varillas.

Y mis coplas desechadas, será que son apreciadas, al darme por premio rico, el calor de tus miradas y el fresco de tu abanico.

Mariano Calvo.

Ginematógrafos

Si no se ha apoderado de más de cuatro individuos el delirium tremens, al menos presentan síntomas del mal de la fembitaera.

La serie no interrumpida de presentaciones de estrellas de primera magnitud en el renil de la coreografía cupletista tiene casi atacados de hidrofobia á la mitad de los habitantes de este suelo, y en vísperas del contagio á la otra mitad.

¡Caballeros y qué competencia se arma de noche en el real de la feria! Me río yo del Edén-Concert de Barcelona, en donde, según dicen, se reúnen los artistas de este género que hoy están de moda, á montones.

En el salón Oriental de los hermanos García, tenemos la Bella Imperio, la que con arrebatadores movimientos y candenciosas genuflexiones, distoca á más de cuatro espectadores.

En el cine del Sr. Jover situado al final del salón de la feria, la pareja Bella Huri-Portella con sus danzas

LA VIDA MILITAR EN PRUSIA 84

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 81

dispuesto á dirigirme una broma. En pocas palabras corté en claro y la pregunté, dónde estaba la caballería á donde me llevó en seguida. En aquella hora las caballerías estaban en las establas de tiro del puzonario, y al lado de estas un gran espacio libre, de donde qué mi core. Vino el palatrenero, y me ayudó á salir, limpiar y arreglar el caballo y arcos. Sin él, hubiese tenido que hacer yo solo, atendiendo á que mi asistente había seguido á la batería. Con como planor acepté su ofrecimiento de ir á buscar forraje, porque me hubiese agradado poco recorrer las calles cargado con haces de heno y paja, y un saco de avena. Designáronme como habitación una pieza separada de la caballería, por un tabique y en ella vi mi cama al lado de las del cristo y el palatrenero.

Ya iba á protestar de esa familiaridad, cuando ellos, que naturalmente me consid. zaban como un igual, me dijeron con amabilidad que vivíamos como buenos amigos, y que, por una noche, no se resistirían á darme en compañía de un extraño.

¡Oh, Dios!—murmuré ahogando profundo suspiro.—En cuanto terminó mis operaciones de limpieza me lancé á la calle para ver á los camaradas.

Por fortuna encontré, pocos pasos de la casa, un tal B., equipado ya en paucos. Este B., joven

de multitud de reglas de conducta, separándose de mí con visible emoción y diciendo:

—Si es mi hijo garrapateador— así designaba al chico,—te hubiese proporcionado buen alojamiento; ahora fijate bien en esto: exige al patron una comida conveniente, porque siempre está dispuesto á alimentar mal al soldado. Te encargo que no admities, so pretexto de que no hay espacio, cambio de alojamiento. Las personas que se ocupan en «ojear» soldados, de los que quieren librarse los patronos, reciben diariamente por indemnización cinco groschen de plata por hombre. De estos cinco groschen querían ganar lo menos cuatro, y ya comprendes pues qué comida se puede tener por un groschen.

Con estas y otras instrucciones, resoleí firmemente penetrar en el número 18 de la calle del Molino, aunque encontré en la puerta una montaña de ex. celentes razones y proporciones seductoras. Recorrí á caballo las calles, mirando los números de todas las casas, y sobre los números, en las ventanas las cabezas de curules y lindos jóvenes. Algunas eran tan bonitas que me hubiese alegrado de que en casa de ellas, al menos 18 de la calle del Molino. Al fin llegué á mi destino y encontré una casa cuyo exterior me agradó mucho; pero no experimenté igual placer al encontrar, corriendo todas las ventanillas, y ya estaba encerrada, desahogada, cuando